

Proyecto de manifiesto para la Conferencia de Kienthal

**León Trotsky
Enero de 1916**

(Versión al castellano desde *Projet de manifeste pour la Conférence de Kienthal*, en [Léon Trotsky – Les Oeuvres – MIA](#))

Han pasado seis meses desde la Conferencia de Zimmerwald desde la que nosotros, socialistas de Europa, lanzamos un grito de indignación y un llamamiento. Sobre la humanidad han pasado cinco nuevos meses de guerra, uno tras otros, y cada uno de esos meses ha visto a los pueblos encarnizándose en proseguir con su propio exterminio, con su propia ruina en medio de la carnicería, soportando sin rebelarse la espantosa obra de un militarismo desbocado que ya no pueden dominar las manos manchadas de sangre de los actuales dueños de las naciones de Europa. El exterminio automático de la flor y nata de los pueblos ha seguido su camino durante estos largos meses. Mediante los préstamos de guerra se han despilfarrado, a decenas, nuevos millares de millones extraídos de la riqueza colectiva, consagrados exclusivamente a la destrucción de vidas humanas y de las conquistas de la civilización.

Si el cerebro humano sigue todavía trabajando dentro de este círculo infernal no es más que para perfeccionar e inventar ingenios de destrucción. El problema que preocupa actualmente a los dirigentes, a los sabios e inventores, de todos los países, consiste en encontrar los medios para aniquilar a ejércitos enteros mediante gases venenosos. Pero los portavoces de las clases dirigentes, estúpidamente obstinados o borrachos de sangre, no cesan de repetir que la guerra debe llevarse “hasta el final”, hasta la victoria completa, hasta dicen que la guerra ha encontrado la solución a todas las cuestiones que la provocaron. Sin embargo, de hecho, la solución definitiva se aleja cada vez más, las operaciones militares se extiende a nuevos frentes y territorios, y cada nuevo desarrollo tiene como consecuencia y está caracterizado por el entrelazamiento de los problemas nuevos al mismo tiempo que reaviva antiguas heridas.

Durante este período, Bulgaria ha entrado en guerra a pesar de la actitud valerosa de la joven socialdemocracia búlgara. Serbia y Montenegro se han visto despojadas, bajo el empuje de las armas austroalemanas, de la piadosa independencia que todavía les dejaba sus propias dinastías criminales y las exigencias imperiosas de las grandes naciones beligerantes. La neutralidad de Grecia ha sido violada por aquellos mismos que, en un enredo de discursos de feriantes, se presentan como campeones del Derecho y defensores de los débiles. En mayo, el zarismo se adentró en Persia y extiende allí su propia tiranía, así se resarce en el este de su falta de éxitos en el oeste. Por fin, Inglaterra, cuya burguesía denunciaba el militarismo en la misma medida en que cultivaba el navalismo, se ha visto obligada, por la lógica de la guerra, a imponerles a las masas populares la carga del servicio militar obligatorio.

Tales son las nuevas conquistas de la guerra que se insiste en calificar de liberadora por ambos bandos de las trincheras.

Resignándose a estos crímenes e, incluso, contribuyendo a ellos y defendiéndolos, las organizaciones centrales, socialistas y obreras, ligadas a sus clases dirigentes desde agosto de 1914, han caído cada vez más bajo en la abdicación socialista en el curso de estos cinco meses.

Su papel ha quedado reducido exclusivamente a transformar toda conquista política y moral del socialismo, obtenidas a precio de sangre de los mártires, de los esfuerzos creadores de los hombres de pensamiento y de los heroicos sacrificios de las masas, en un arma de mantenimiento del estado burgués, de protección de las clases

dirigentes resquebrajadas hasta sus raíces por sus propios crímenes. En la historia de la humanidad, que ya había conocido la sumisión del cristianismo, después la de la Reforma y, tras ella, la de la democracia en beneficio de las clases dirigentes, no podía haber traición más estruendosa, crimen más grande, caída más deshonrosa, que esta sumisión del socialismo oficial a la burguesía en la hora de su sangrante declive.

Ante los proletarios de Europa censuramos esta unión de violencia burguesa y traición socialista como una temible amenaza a la causa del socialismo y del progreso de la humanidad. Censuramos la política de los socialpatriotas que, al mismo tiempo que ayudan directa e indirectamente a sus gobiernos a aplastar al socialismo revolucionario en sus países, aprueban y animan la oposición en los países enemigos y se esfuerzan, mediante la confusión corruptora así creada, en preservar su reputación socialista a los ojos de las masas que hoy despiertan.

Entre quienes han permanecido bajo la bandera de la revolución social y los socialpatriotas, mercenarios prisioneros o esclavos voluntarios del imperialismo, se colocan los partidarios de un armisticio socialista, sin principios y sin clarividencia. En nombre de la unidad socialista y obrera, piden a la minoría que se desarme ante los socialpatriotas, exactamente igual que éstos se han desarmado en nombre de la unión sagrada ante nuestros enemigos de clase.

Cuando el destino del socialismo está en juego no podemos ni queremos semejante armisticio. Y si nuestra lucha interna pone en peligro la unidad de las organizaciones socialistas, la responsabilidad recae sobre quienes, aprovechando la desorganización proletaria provocada por la guerra, pisotean los principios fundamentales del socialismo. La defensa de la patria, la defensa nacional que los socialpatriotas invocan sin cesar, no son en realidad más que un nudo corredizo que la burguesía (ayudada por los socialtraidores) ha anudado al cuello de la clase obrera: es preciso desatar ese nudo que no cesará de cerrarse.

El proletariado aspira a la independencia de las naciones. Pero no debe hacerlo apoyando al militarismo capitalista que lo corroe, sino mediante la lucha abierta contra él. Nuestra vía no es la guerra al lado de los gobernantes, sino la revolución contra ellos.

La guardia socialpatriota de la burguesía, temiendo el descontento y la revuelta proletaria, trata ahora, a través de la antigua Oficina Socialista Internacional, de preparar, a espaldas de las masas socialistas engañadas, la reconstitución de las ficticias relaciones entre los partidos socialistas oficiales de los países beligerantes. Con una mano atada al carro del militarismo nacionalista, los socialpatriotas se preparan para tender la otra y unir sus esfuerzos para ahogar, en el corazón de las masas, la conciencia socialista, ya despierta, mediante una mala falsificación de la solidaridad internacional. Ponemos en guardia a los obreros contra esta política hipócrita: un nueva internacional sólo podrá edificarse sobre la base de los principios inquebrantables del socialismo revolucionario; en su creación no podrán participar los aliados de los gobernantes, los ministros, los diputados domesticados, los abogados del imperialismo, los agentes de la diplomacia capitalista, los enterradores de la Segunda Internacional.

Una lucha sin cuartel contra el nacionalismo, el definitivo rechazo de los créditos militares independientemente de la situación estratégica y diplomática del país, la implacable denuncia de las mentiras de la defensa nacional y de la unión sagrada, la movilización de los proletarios para el ataque revolucionario contra la sociedad burguesa, tales son las condiciones necesarias para la creación de un verdadera internacional socialista. Esta política, resueltamente socialista y revolucionaria, es la única que puede asegurarle al proletariado una influencia tras la guerra, así como también sobre las relaciones internacionales que se establezcan tras el restablecimiento de la paz.

Desde lo alto de las tribunas parlamentarias, los socialpatriotas declaran que se han opuesto a las anexiones. Algunos de ellos añaden que son partidarios del derecho de

las naciones a disponer de sí mismas. Pero esas bellas frases no cambian en nada el hecho cierto que los socialpatriotas trabajan con todas sus fuerzas para asegurar la victoria de su militarismo nacional, y, en consecuencia, preparan inevitablemente anexiones brutales: no se puede luchar verdaderamente contra las anexiones sin combatir su instrumento que es el militarismo; es imposible proteger la independencia de los pueblos ayudando al capitalismo armado a destruirla.

Proyectando anexiones territoriales en Europa, esperando la independencia de las naciones en Belgrado y Salónica, en Bruselas y en Teherán, los gobernantes de los dos grupos antagonistas se esfuerzan en preparar, al mismo tiempo, la división de la Europa de mañana en dos potentes bloques económicos, separados por el alambre de espino de las tarifas aduaneras. El mismo día siguiente a la firma de la paz, entre estos dos trust de estados gigantescos estallará una batalla comercial incesante e implacable. Esta perspectiva, igual que las anexiones, les promete a los suyos de Europa, agotados por la guerra, una nueva agravación de sus condiciones de vida, un reforzamiento del militarismo, de la dictadura, los bancos y trust, el freno en la legislación social y una reacción política profundizada. La lucha contra las trincheras aduaneras, que tienen como efecto acelerar la desorganización de la economía europea, sólo puede llevarse adelante simultáneamente con la lucha contra las trincheras del militarismo. La lucha contra la tiranía política, contra los ejércitos permanentes, contra la diplomacia secreta y a favor de la democratización de todos los estados europeos, es la primera condición para la unificación política y económica de Europa.

¡Obreras y obreros!

Si la guerra alumbrada por el imperialismo devasta Europa, una paz firmada por los nacionalistas actualmente en el poder no hará otra cosa sino reforzar y acrecer la hostilidad entre las naciones y ser la causa de nuevas catástrofes cada vez más devastadoras. Si no hemos sabido impedir la guerra, tenemos que hacer todos los esfuerzos para imponerles a los beligerantes nuestra paz. A la pujanza de los dirigentes que se nutre con nuestra pasividad y sumisión tenemos que oponerle nuestra fuerza propia: la conciencia revolucionaria y la voluntad de luchar sin cuartel. Os llamamos a realizar esta tarea. ¡Basta de paciencia! ¡Basta de silencio! ¡Que resuenen por todas partes las palabras de revuelta y cólera! ¡Que el acto siga a la palabra!

¡Escuchad! ¡Obreras y obreros de Europa! Si solamente una ínfima parte de estos sacrificios, de estas vidas, de esta sangre que la guerra exige, hubiese sido conscientemente dedicada a la causa del socialismo, Europa hubiese podido liberarse del vergonzoso régimen de opresión y explotación y tendríamos la certeza de ver a nuestros hijos entrar en el reino del trabajo y la justicia. ¡Sabed encontrar en vosotros mismo, pues, la resolución para ofrecer todas vuestras fuerzas, si es preciso vuestra libertad y vuestra vida incluso, por la salvación de la humanidad!

¡Luchad contra los absurdos e inmensos sacrificios que la guerra exige sin dejar respiro y sin fin, contra el militarismo desbocado, contra la barbarie y la cobardía de los dirigentes, luchad sin dudas ni tregua con todas vuestras fuerzas!

¡Abajo la guerra! ¡Abajo las anexiones y contribuciones de guerra! ¡Viva la independencia de las naciones! ¡Viva la unión económica de los pueblos!

¡Viva la Revolución!

¡Viva el Socialismo!

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es